

fuerza de una pasión hereditaria arrastran casi irresistiblemente, pero también, casi irracionalmente, a los hombres, tuvieran el valor de meditar en estos grandes principios y aspiraran a adquirir la sabiduría, antes de entrar a dirigir a las multitudes. Y armados con esa arma invencible, se resolvieran al fin a "ordenar convenientemente las cosas según las razones divinas" (Santo Tomás, S. Th. II, XLV, I. c.).

CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.  
Catedrático de Etica en este Colegio Mayor.

## BANCO COMERCIAL ANTIOQUEÑO

CASA MATRIZ Medellín—Colombia

SUCURSALES EN: Aremnia  
Barranquilla  
Bogotá  
Bucaramanga  
Cali  
Cartagena  
Cúcuta  
Girardot  
Magangué  
Montería  
Pereira

AGENCIAS EN: Buenaventura  
Puerto Berrío

## LA VERDADERA Y LA FALSA DEIFICACION DEL HOMBRE

Un magistral capítulo de Jacques Maritain.  
De Principios de una Política Humanista.

Traducido por CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.

Hay en el orden político y social una verdadera y una falsa emancipación. En el orden espiritual hay una verdadera y una falsa deificación del hombre. Este es un problema de importancia vital —el problema fundamental y absolutamente primero— propuesto por ese instinto natural que impulsa al hombre a la conquista de la libertad.

He dicho al principio de este ensayo que hay en nosotros, por el hecho de participar en la perfección trascendental designada por la palabra personalidad, aspiraciones transnaturales cuya satisfacción no nos es debida en justicia, pero que nos atormentan sin embargo y que tienden a una libertad sobrehumana, a la libertad pura y simple, más todavía, a una libertad divina. De estas aspiraciones a lo sobrehumano, de estos deseos de alcanzar los confines de la divinidad, dan testimonio los sabios de todos los tiempos.

Y los grandes errores espirituales también dan testimonio de su existencia. Ellos buscan la deificación del hombre pero por las fuerzas propias del hombre mismo y por el solo desarrollo de sus potencias naturales. Con frecuencia esas tendencias toman una forma panteísta, como aparece en las corrientes gnósticas de otros tiempos, en las grandes metafísicas monistas, en las místicas quietistas. Pero estaba reserva-



do a los tiempos modernos buscar la deificación del hombre en la abolición de la sabiduría y en la ruptura con Dios. Históricamente las dos fuentes principales de esta falsa deificación son a mi parecer: 1º) La concepción inmanentista de la conciencia que desde la revolución luterana ha prevalecido poco a poco, y que exige a lo que hay en el hombre, a “mi libertad interior”, que haga por sí misma la moralidad sin recibir nada de la ley; 2º) La concepción idealista de la ciencia que desde la revolución cartesiana ha prevalecido poco a poco, y que exige a lo que hay en el hombre, a “mi yo o mi espíritu”, que haga por sí solo la verdad, sin deber nada a las cosas. Hiperespiritualista, al menos en apariencia, estas dos concepciones, que hacen la ciencia independiente del ser y la conciencia independiente de la ley, y que reivindican para lo que hay en el hombre el género de independencia que es propio de Dios, materializan en realidad el alma humana y la precipitan en la acción *ad extra*, en que, cuando ha alcanzado su propio y único modo de realización, se hace esclava del tiempo, de la materia y del mundo. Al fin la ciencia será subyugada por una especie de imperialismo demiúrgico aplicado a sujetar la naturaleza material a las concupiscencias del ser humano, y la conciencia será subyugada por una especie de imperialismo demoníaco aplicado a “oponerse” para “proponerse”, y a realizarse a sí mismo dominando a los otros; y convertido en dios del mundo, el hombre creará encontrar para sí mismo una libertad divina, en la independencia respecto de Dios y en la negación radical de Dios; la falsa deificación del hombre tomará la forma atea que aparece en nuestros días con una prodigiosa ostentación de barbarie.

Esta deificación se había ensayado antes con el ateísmo disfrazado del kantismo ortodoxo y del liberalismo burgués. Después del fracaso de ese ateísmo que encontraba la religión “buena para el pueblo”, y de la bancarrota de la falsa conquista individualista de la libertad y de la personalidad, era fatal que la falsa deificación del hombre tomara la forma del ateísmo patente del hegelianismo marxista, que ve en la religión “el

opio del pueblo”. Pero era fatal también que tomara la forma de negación y derisión del hombre y se afirmara mejor aún por la epopeya de la muerte y de la destrucción y por el paganismo pervertido del racismo que transforma la religión en idolatría del “alma del pueblo”, de un pueblo extraviado, superhombre y flagelo. Con el racismo nazi la aspiración radical de la persona humana a la libertad no sólo ha sido burlada, apartada de su verdadera naturaleza y empujada por falsos caminos, sino también repudiada, ya que la deificación del hombre no se busca sino en la fuerza y en la embriaguez de dominar, en esas formas abyectas del orgullo cuya imagen ofrecían los ídolos más bárbaros con su sed cruel y nunca saciada de dominación. Por consecuencia inevitable, desde el momento en que la libertad absoluta, la liberación pura y simple, la independencia divina se buscaban en lo puramente humano, es decir, desde que las aspiraciones transnaturales de la persona eran rebajadas a la esfera de las aspiraciones connaturales —por ese mismo hecho convertidas en infinitas y pervertidas— lo social debía ser divinizado, la libertad de las personas rechazada, las cosas del César debían absorber monstruosamente las cosas de Dios, y el imperio pagano debía hacerse adorar.

Las aspiraciones del ser, por el contrario, tienden normalmente hacia Dios, hacia la causa trascendente del ser; las aspiraciones transnaturales de la persona humana la incitan a buscar en Él su liberación. Tal era, a pesar de sus imperfecciones y de sus vicios, el impulso de la gran sabiduría helénica. Pero es sobre todo en la espiritualidad hindú, al menos si se reduce esa terrible exuberancia, a veces venenosa, a lo que hay en ella de más puro, donde encontramos ejemplos significativos de los estados a que esas aspiraciones transnaturales pueden conducir por la acción propia del hombre que usa acéticamente de sus potencias naturales, usando de su naturaleza contra ella misma. Me refiero a lo que en lenguaje cristiano llamamos también la experiencia mística “natural” más elevada, que alcanza por una vía de purificación intelectual, la substancia del propio yo, y por ella y en ella la Omnipotencia



divina. Es ésta una liberación, a la vez última en el orden de lo que puede la naturaleza y no última absolutamente hablando, en relación con nuestro destino real y con la primordial verdad que envuelve, ya que la naturaleza ha sido hecha para la gracia. Esta conquista de la libertad espiritual es pues ambivalente: eficaz en su plano natural, puede ser un verdadero camino de liberación si el alma no se detiene en ella y se abre a los dones supremos; puede engañar y extraviar al alma si se detiene en ella, o si la mira como un medio necesario, o si la toma como una deificación.

Hay sin embargo una verdadera deificación del hombre: *Ego dixi: dii estis*. Es lo que se llama la vida eterna, que comienza obscuramente desde este mundo. Y es una desgracia igualmente grande renunciar a la perfecta liberación y pretender llegar a ella por malos caminos, es decir, por sí mismo. Aquí las aspiraciones transnaturales son sobrenaturalmente satisfechas por un don que traspasa todo lo que podemos concebir. Pues la gracia, al decir de los teólogos, es una participación formal de la naturaleza divina, o, en otros términos, una vida deificante recibida de Dios.

El misterio en el cual estas cosas están encerradas es que la suprema libertad y la suprema independencia del hombre se ganan por la suprema realización espiritual de su dependencia, de su dependencia de un ser que siendo la vida misma, vivifica, y siendo la libertad misma, liberta a todo lo que participa en su esencia. Porque la dependencia de que se trata no es una dependencia de fuerza exterior, como la de un agente físico respecto a otro agente físico; cuanto más la realiza el hombre, más participa en la naturaleza del Absoluto. Los hombres que se han hecho algo de Dios participan de la libertad de Aquel a quien nada contiene. Al perderse a sí mismos, han ganado una personalidad misteriosa y desapropiada que los hace obrar en virtud de lo que ellos son eternamente en la esencia increada. Nacidos del Espíritu, son libres como El. Y a decir verdad, no han ganado nada, todo lo han recibido. Mientras que trabajan y sufren por conquistar la libertad, ella misma se les

entrega. La verdadera conquista de la suprema y absoluta libertad, es ser hecho libre, mediante su libre consentimiento, por la libertad subsistente. La verdadera deificación del hombre es abrirse al don que el Absoluto hace de sí mismo, y a la comunicación de la divina plenitud a la criatura inteligente.

Es decir, que todo es en este campo obra del amor. La ley protege y educa la libertad; y cuando sigue al amor, conduce a la liberación de toda servidumbre, aun de la servidumbre de la ley. He citado con frecuencia, y quiero citar una vez más, el texto de la *Summa contra Gentiles*, en que Tomás de Aquino comenta a San Pablo, y que yo miro como uno de los grandes textos absolutamente fundamentales de la constitución espiritual de la humanidad. "Hay que considerar, escribe Santo Tomás, que los hijos de Dios son dirigidos por el Espíritu de Dios no como esclavos sino como personas libres. Se llama en efecto libre al que es causa de su acción; hacemos libremente lo que hacemos por nuestra voluntad. Pero lo que hacemos contra nuestra voluntad, lo hacemos como esclavos, no como personas libres, sea que se nos imponga una fuerza absoluta, sea que la violencia se mezcle a lo voluntario, como cuando un hombre quiere hacer o sufrir lo que contraría menos su voluntad para escapar a lo que la contraría más. Por tanto el espíritu de santidad nos inclina a obrar infundiendo en nosotros el amor de Dios que nos hace obrar según la fuerza misma de nuestra voluntad. Porque lo propio de la amistad es que el amigo esté al unísono del amado en las cosas que éste quiere. Los hijos de Dios son pues movidos por el Espíritu de Dios libremente por amor, no servilmente por temor: *no habéis recibido un espíritu de servidumbre para vivir todavía en el temor, sino un espíritu de adopción en el que exclamamos: ¡Abba! ¡Padre!*

"Pero estando la voluntad ordenada por su naturaleza a lo que es verdaderamente bueno, cuando un hombre, bajo el influjo de una pasión, de un vicio o de una disposición mala se aparta del verdadero bien, ese hombre, *si se considera el orden esencial mismo de la voluntad*, obra como esclavo, pues que se deja inclinar contra ese orden por algún principio extraño.



Pero si se considera el acto de la voluntad *en cuanto ésta está inclinada actualmente hacia un bien aparente*, entonces obra libremente cuando sigue su pasión o su disposición corrompida, y obra como esclavo si, permaneciendo su voluntad inclinada de esta manera, se abstiene de lo que quiere por temor a la ley que ordena lo contrario.

“Pero el Espíritu de Dios inclina a la voluntad por amor hacia el verdadero bien; por amor hace que la voluntad tienda actualmente toda entera hacia aquello mismo a que está naturalmente ordenada, suprimiendo así esa doble esclavitud—esta doble heteronomía, como se diría hoy—: la esclavitud en que el hombre, como siervo de la pasión y del pecado, obra contra la ordenación natural de su voluntad; y la esclavitud en que, como siervo y no como amigo de la ley, obra según la ley contra la tendencia de su voluntad. *Donde está el Espíritu del Señor*, dice el Apóstol Pablo, *allí la libertad*; y: *si os dejáis guiar por el Espíritu, ya no estáis bajo la ley.*” (Summa contra Gentes, Libro IV, cap. 22.)

Hay una gran distancia entre la imperfecta liberación por la cual las más altas técnicas de la espiritualidad natural obligan a la naturaleza a satisfacer en cierta manera las aspiraciones transnaturales de la persona humana, y la perfecta libertad por la cual el don sobrenatural que la personalidad divina hace de sí misma a la personalidad creada colma esas aspiraciones en una medida muy superior a ellas mismas. Dejando intacta la distinción de naturalezas, el amor, que en el término del crecimiento espiritual hace esta perfecta libertad, hace verdaderamente del hombre un dios por participación. Al mismo tiempo, lejos de encerrarse en una contemplación intelectual que prescinde de la acción, la libertad de que hablamos vive de una contemplación que, porque procede del amor, superabunda en acción y penetra lo más íntimo del mundo. El heroísmo que implica no se encierra en lo sagrado, sino que desborda sobre lo profano y los santifica. Desprendido de la perfección misma, porque piensa en amar mucho más que en ser ella misma sin defecto, despierta cada vez más la buena voluntad y el amor fraterno.

Volviendo sobre la distinción de lo social temporal y lo espiritual, de lo que es del César y lo que es de Dios, observaré en fin que si la falsa deificación del hombre ha conducido, como lo hemos visto, a la confusión de lo temporal y de lo espiritual y a una perversa adoración de lo social y de las relatividades temporales erigidas en absoluto, en cambio la verdadera deificación del hombre, porque se hace por la gracia de la Encarnación y porque atrae a sí todo lo humano, exige que las cosas divinas descendan a lo más profundo de las cosas humanas, y quiere que el orden político y social, permaneciendo esencialmente distinto del orden espiritual, sea penetrado y elevado intrínsecamente por la savia que de lo absoluto viene a las almas. En la medida, por pequeña que sea, en que de hecho esto sucede la marcha histórica de la civilización a la conquista de la libertad relativa que responde a las aspiraciones connaturales de la humana personalidad, está acorde y en mutuo concurso con el movimiento suprahistórico del alma a la conquista de la libertad absoluta que responde, trascendiéndolas de una manera divina, a las aspiraciones transnaturales de la persona en cuanto persona.

(Del Capítulo I: La conquista de la libertad. Parágrafo IV.)

